

## ¿HAITIANA NUESTRA MUSICA POPULAR?

*Enrique de Marchena*

Si el Coronel Juan Bautista Alfonseca, padre de nuestra música popular; Pablo Claudio, Esteban Peña Morell, José Ovidio García o Julio Arzeno estuviesen vivos, la pregunta del título de esta glosa les hubiera hecho hervir las venas y producir una erosión natural de patriotismo enardecido, más bien de protesta gruesa, realista y sentimental. Posiblemente lo mismo nos ha ocurrido a nosotros, y habrá sucedido a cuantas personas han leído dos artículos titulados "*Folklore musical y otras músicas*" publicados en "La Opinión", en los cuales el escritor Manuel de Js. Lovelace discurre en tremendas dudas, virtuales acusaciones en contra del origen, dominicanismo y significado de nuestra música popular. La sola expresión en uno de esos trabajos, preguntándose el autor: "y no podrá ser también de origen haitiano el merengue...?", después de haber pretendido demostrar que lo es el "carabiné", y más tarde que tiene tal exótica nacionalidad la "mangulina", revuelve nuestros sentimientos.

Para destruir tal campaña de lesa dominicanidad, bastaría decir que por el 1855, en que era criticado el merengue, nada ni nadie referíase a su origen haitiano, sino solamente a su pasmosa popularidad. Por demás, hoy, cuando la República va levantando su grado de dominicanismo, de sincera devolución de razones a nuestras tradiciones, no se puede pretender, en contra de notables opiniones de historiadores, musicólogos —dominicanos o extranjeros—, instituciones nacionales o no, la negación de nuestros ritmos.

Nos preguntamos: ¿hacia dónde quiere conducirnos el escritor Lovelace...? Nosotros no podemos explicárnoslo. Es cierto que en nuestro ambiente hay todavía algunos incrédulos sobre nuestras posibilidades folklóricas o sobre nuestras riquezas tradicionales. El profesor Ralph

---

*(Artículo aparecido en el diario "La Nación", el 22 de enero de 1945).*

S. Boggs, de la Universidad de Chapel Hill, recientemente invitado por nuestra Universidad en misión de estudio, pudo decirnos mucho sobre la existencia de aquéllas. Nicolás Slonimsky por igual; con él Carleton Sprague Smith, el sesudo investigador norteamericano; más tarde Gilbert Chase y Gustavo Durán, y como si no fuera nada, la obra de Peña Morell y la de Julio Arzeno, que constituyen monumentos iniciales de nuestra morfología musical.

El momento no es para negaciones. Es para trabajos duraderos, inspirados en el más ferviente amor a la República. Lanzar la especie de “haitianización” o “haitianismo” de nuestra música, es dar paso a numerosas falacias que en boca de autores de poco mérito han pretendido opacar nuestros valores rítmicos. Pero aún más. Investigadores del otro lado de la frontera como Price Mars, concluyen categóricamente —y nosotros lo ampliamos en una obra nuestra publicada en 1942— que el nombre “merengue” del ritmo que se conoce en Haití como tal, no es “sino una adaptación francesa del nombre dominicano para la danza o género musical”, cuyo origen lo fué en la zona de Juan Gómez; cuyas primeras transcripciones las hizo Juan Bautista Alfonseca; cuyas primeras reacciones fueron sentidas en el 1855, y cuyas bellezas pasean hoy, dentro y fuera del país, con el símbolo de lo popular y lo dominicano. Tanto así que en el “Christian Science Monitor”, de Boston, por allá por julio del 1943, publicóse un mapa de los ritmos de América, y sobre la Isla de Santo Domingo —su división política y territorial—, léense dos nombres de “danzas” típicas: *Voodoo* en el lado occidental y “merengue” en el lado oriental.

En materia de música popular dominicana no se puede negar que se ha escrito poco. Pero, ni la obra de Arzeno, ni la de Flérida Nolasco —con todo y su teoría de circunscribir los ritmos de América en las invenciones de De Ribera y sus Cantigas—, ni los trabajos de Rafael Damián, Rafael Vidal, Esteban Peña Morell, Eduardo Sánchez de Fuentes, el erudito investigador cubano que tanto se ha preocupado por nuestra música; más todavía, inúmeros esbozos de la materia hechos por Emilio Rodríguez Demorizi, Tomás Hernández Franco y otros, podrían ser hoy destruídos por la infortunada sugerencia de que todos los ritmos dominicanos: *carabiné, mangulina* (?), *merengue*, etc., son de origen haitiano.

Sería ya conveniente que en nuestra Academia de la Historia, cuanto en nuestra Universidad Nacional, con su Instituto de Investigaciones Folklóricas, más tarde en el mismo Conservatorio Nacional de Música y Declaración, se estableciese una acción conservadora de nuestras tradicio-

nes, depuradora al mismo tiempo, y aparte de todo esto, que no se permitiese, como reclamo espiritual o necesidad sencillamente dominicana, la discusión pública de temas que afectan, hoy más que nunca, el desarrollo normal del estudio de nuestra cultura, menos aún cuando precisamente la obra que se desarrolla en estos momentos es de integral y necesario dominicanismo.